

La vieja Cuaresma

La Cuaresma, este período cubierto con el capote de la templanza y de la penitencia, en mis años juveniles me parecía larguísimo, interminable, y ahora, en cambio, lo veo pasar y volver a pasar rápidamente, con la velocidad de los vientos.

Muchos recuerdos encierra sin duda la vetusta época cuaresmal para quienes, como el que escribe estas miserables cuartillas, se encuentran en las postrimerías o en las ya casi postrimerías de la existencia. En mis mocedades muchos la llamaban la *era del bacalao*. Otros la comparaban a una dama gruñona, en estado de merecer, histérica, pusilánime a veces, pero a la que no faltaban bríos para echar la llave a las salas de baile, en tanto que, — ¡oh, paradoja! — al abrir de par en par las puertas del Teatro, daba al lapso de su afligida égida un aspecto atrayente y pintoresco.

Un grabado editado en Tarragona nos la describe así:

Jo soc la vella Quaresma,
vaig pel món perduda d'esma
pel gran pes del bacallà
que m'obliguen a portar.
Per tot el vaig repartint
en paga sols recollint
queixes d'aquest món ingrát
que no vol menjar salat,
i que acostumat al greix
l'olor de l'oli avorreix,
sense pensar, l'infeliç!
que en aquest temps és precís
per al canvi d'estació
escurçà un xic la ració
per deturà la calò ardent
de la sang en moviment
que atropella a tanta gent!

En otros tiempos, al llegar los días cuaresmales, era costumbre en algunas comarcas catalanas y mallorquinas dibujar y pintar una vieja (*Vellarda*) de un tamaño más que regular, flaca, de rostro apergaminado, las manos sarmentosas, llevando a la derecha el báculo del peregrino y un enorme bacalao a la izquierda. Tenía la vieja siete pies o extremidades de los miembros inferiores: tantos como semanas comprende dicho período de ayunos y penitencias. Cada Domingo, junto al hogar, cortaban los chiquillos uno de los pies de la *Vellarda*, y con gravedad y rito solemne, aunque no indemnes de la natural algazara, lo quemaban antes de la comida. El

Domingo de Pascua echábase al fuego el último pie con

la vieja y toda su armadura celebrándose luego la hazaña con una espléndida comida familiar con profusión de embutidos e incluyendo indispensablemente el bíblico *anyell*.

Fué costumbre antiguamente en otras regiones de España exhibir el Miércoles de Ceniza al mismo fantoche en cartón o papel con siete piernas escuálidas y enjutas que simbolizaban entre los profanos a la Cuaresma y sus siete semanas; uso este que no llegó hasta nosotros. En Madrid solían coronar al monigote por la noche, al regreso del *Entierro de la Sardina* y, después de cubrirlo con un gran manto negro, entonábanse algunos cantos fúnebres, siendo conducido acompañado de unas hachas de viento a la Plaza Mayor donde se daba fin a esta especie de fiesta báquica, haciendo todas los concurrentes el propósito de no volver a reunirse en alegre diversión hasta que la vieja hubiese perdido todas las piernas y se le hubiese cortado la cabeza. Esto último se realizaba con no menor gritería el Sábado Santo al toque de gloria, al celebrarse la Resurrección del Señor. En muchas casas colgábase igualmente el simbólico vejestorio y el Sábado de cada semana se le cortaba una pierna y así se le iba mutilando; de suerte que su figura venía a ser un barómetro por el que se conocía el tiempo de abstinencia que quedaba por observar. Cuando la fiesta de San José no caía en Semana Santa, acostumbraba la juventud bulliciosa sustraerse a la seriedad de la Cuaresma, interrumpiéndola en aquel día para dar lugar a la diversión y celebrar cumpleaños y demás fiestas y bailes que se habían suspendido, cuidando no obstante de esconder a la célebre anciana.

Mucho antes de que la Iglesia hubiese prescrito la abstinencia, habíanse acostumbrado los fieles a practicarla y de un modo aún mucho más austero que el que aquella luego preceptuó. Nótase también que la abstinencia más antigua fué la más severa. Fué ésta la llamada «*Xerofagia*» de acuerdo con la cual no se tomaban en la comida, única del día de ayuno, sino cosas secas, sin sazonarlas ni cocerlas.

El ayuno y la abstinencia hicieronse extensivos a otros placeres de la vida cuyo uso no estaba prohibido en el discurso del año. Tales eran antiguamente, entre otros, los baños y los espectáculos; y en mis buenos tiempos el baile: el del señorío de la *mazurka*, del *chotis* y del *rigodón*, a los que la *Vieja Cuaresma* acérrimamente execró.

J Soler Cazeaux